

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIÓDICOS

LA AGRICULTURA Y EL DESARROLLO INDUSTRIAL.—EL BIENESTAR DE LAS GRANDES CIUDADES Y LA DESPOBLACIÓN DEL CAMPO.—LA REVOLUCIÓN Y EL CAMPESINADO.—LA TECNOCRACIA ENTRA EN ESCENA: EL CAMBIO DE ESTRUCTURAS Y LA MANIPULACIÓN DE LOS PRECIOS.

La temática que exponemos en estas Ilustraciones tiene sus raíces en la revolución industrial del siglo pasado; mostró el aspecto más sangriento de su dialéctica en la matanza de varios millones de kulacks en la Rusia staliniana, y hoy ofrece el espectáculo de una tecnocracia empeñada en cambiar las estructuras campesinas que se van quedando sin hombres y, especialmente, sin mujeres, empujados a la emigración no sin dolor. Hace poco más de un mes, el tema agrícola saltó espectacularmente, desde las monótonas gacetillas, que nos hablan con periodicidad acelerada de pueblos abandonados y de los artículos pretenciosos y pedantes de quienes desde los rotativos de la capital ofrecen panaceas para el campo, y llegó a encaramarse a los grandes titulares de los diarios.

ABC del miércoles 24 de marzo de 1971 titulaba así la noticia

MAS DE CIENTO MIL AIRADOS AGRICULTORES DE LA «PEQUEÑA EUROPA» INVADEN BRUSELAS

Los incidentes, que convirtieron el centro de la capital belga en un campo de batalla, han causado un muerto y numerosos heridos.

NERVIOSISMO E IMPACIENCIA EN EL CONSEJO DE MINISTROS DEL MERCADO COMUN, QUE AUN NO HA LLEGADO A UN ACUERDO SOBRE POLÍTICA AGRARIA

El despacho venía de Bruselas, fechado del día 23. Del mismo recortamos los párrafos más salientes:

«Mientras los seis ministros de Agricultura del Mercado Común Europeo siguen deliberando hoy, por segundo día consecutivo, sobre las medidas para sanear la agricultura europea y los precios a fijar para la nueva campaña, Bruselas se ha convertido en la fortaleza que los encolerizados agricultores de los seis

países se disponen a tomar al asalto. En las violentas manifestaciones de la jornada hay que lamentar un muerto.

»Desde primeras horas de la mañana numerosos trenes especiales han desembarcado en las tres estaciones de la capital belga a millares de agricultores extranjeros y nacionales.

»Las autoridades, con la ayuda de 1.400 gendarmes y 1.300 agentes de Policía, prohibieron de antemano la entrada en la ciudad de todo tractor, camión u otro tipo de vehículo agrícola, y desde primeras horas la gendarmería tomó posiciones en todas las carreteras de acceso a Bruselas para impedir el paso a quienes lo intentaran.

»El edificio que alberga el Consejo de Ministros, que en esta ocasión se ha instalado en el Charlemagne, alejado del céntrico palacio de los Congreos, donde se celebró esta mañana una Asamblea de la Confederación de Organizaciones Profesionales Agrícolas de la Comunidad Europea, se encuentra prácticamente acordonado por policías y gendarmes.

»Todos los escaparates de las tiendas situadas en el boulevard de Amberes, en el sector norte del centro de Bruselas, han resultado destrozadas. Igualmente, todos los escaparates del boulevard Anpach, donde se encuentran los almacenes más importantes de Bruselas, han sido hecho pedazos.

»Fuerzas de Policía establecieron una barricada a todo lo largo del boulevard del Mediodía y mediante bombas lacrimógenas empujaban a los manifestantes hacia la Estación del Mediodía. Sin embargo, se señalan algunas infiltraciones importantes de agricultores hacia el sudeste de Bruselas, infiltraciones que la Policía no ha podido contener.

»Por otra parte, los manifestantes han conseguido incendiar un coche de bomberos que había acudido para apagar un automóvil que estaba ardiendo. Numerosos son ya los daños causados por los manifestantes: escaparates rotos, tiendas saqueadas, quioscos y cabinas telefónicas incendiadas, señales de tráfico arrancadas, etc. El centro de Bruselas parece un campo de batalla, donde reina el destrozo y la desolación. Un tranvía ha sido volcado por los manifestantes. Afortunadamente, sus ocupantes lo habían abandonado anteriormente.

»La Policía ha conseguido, bajo una lluvia de botellas vacías, cortar los dos extremos del boulevard Emile Jacquain que se encuentra así cerrado. Igualmente, entre la plaza de Brouckere y la plaza Rogier se encuentran miles de agricultores en el

boulevard Adolphe Max sin poder salir de él y sin poder continuar la manifestación, ya que la Policía ha taponado las dos plazas.

»... Por medio de granadas lacrimógenas y de mangas de agua a presión, la Policía de Bruselas va alejando a los manifestantes agrícolas del centro de la ciudad, no sin dificultades a veces.»

La Redacción de ABC, en un recuadro colocado entre los titulares y la crónica que antes hemos transcrito, mostró su asombro ante la noticia que situó en el MÉRIDIANO MUNDIAL del día:

«Insólito el espectáculo de la protesta común agrícola organizada ayer por más de cien mil campesinos, en Bruselas, llegados de los seis países de la Comunidad. Insólito en cuanto al algarabía ha sido, que recordemos, el primer acto de violencia contra la sede administrativa de la política comunitaria. Es insólito, asimismo, porque la ira campesina contra los precios de los productos agrícolas se ha producido a nivel supranacional.

»De un lado, la opinión pública parece acostumbrada a que las expresiones de violencia de masas tengan sus protagonistas entre los componentes del proletariado industrial; de otro, a que los campesinos se comporten en una suerte de conformismo fatalista, atribuyendo a los problemas de mercado la misma índole de inevitabilidad que a los problemas meteorológicos. Como asumiendo los cambios adversos para la cotización de sus productos, del mismo modo que se asumen heladas y sequías.

»Pero la verdad es que el clima de protesta violenta contra las políticas agrícolas se venía afianzando desde meses atrás en varios países del Mercado Común: en la propia Bélgica, en la República Federal Alemana, en Francia. Los planteos de los campesinos han llegado a producirse, incluso, a extramuros de la "pequeña Europa".»

Dos días después, la Agencia Efe trae desde Nordhorn (República Federal Alemana) noticias de la frontera entre Alemania y Holanda:

«Varios miles de campesinos de la Baja Sajonia y de Holanda bloquearon ayer todos los pasos fronterizos que comunican las regiones de la Baja Sajonia y Westfalia con Holanda, en protesta contra la política agraria de la Comunidad Económica Europea.

»Los campesinos de la Baja Sajonia se dirigieron, montados en tractores y otras clases de vehículos, en dirección a varios pasos fronterizos para reunirse con sus colegas holandeses. Pero la Policía alemana les impidió el paso colocando árboles delante de los tractores. Los campesinos se bajaron de sus vehículos y llegaron a pie hasta las fronteras, donde se reunieron con los agricultores holandeses e impidieron la circulación, que quedó cortada por completo en seis puntos fronterizos entre Alemania y Holanda.»

El 24 EL PENSAMIENTO NAVARRO reprodujo una fotografía que recogía el momento en que un grupo de ganaderos penetraba con una vaca en la sala donde estaban reunidos los ministros de la Comunidad. En el mismo número, Iñarbe comentó:

«Es tanto el desconocimiento de los problemas del campo que hoy el foso es mayor que nunca entre el hombre que vive de la tierra y el hombre que vive en la ciudad. Un sondeo efectuado en Francia demuestra que la mayoría de los franceses opinan:

- 1.—Tenemos todavía demasiados agricultores.
- 2.—Cuestan al país demasiadas cargas.
- 3.—Producen con métodos antiguos que no pueden competir.

»Se trata de un círculo vicioso, ha dicho un directivo agricultor. La rentabilidad es escasa porque se emplean métodos arcaicos. Y se emplean métodos arcaicos porque no hay capital suficiente para modernizar la explotación y aumentar la extensión de las mismas.

»A la vez, el campo se va descapitalizando porque el agricultor prefiere emplear sus ahorros en empresas industriales donde su capital rinde más que en su propia explotación... Lo que sobran son pequeñas parcelas, dicen los técnicos.

»Como consecuencia de todo esto, Francia, que marca una especie de pauta en el proceso, contempla hoy cómo disminuye su censo de agricultor en unos 150.000 hombres por año. Proceso reiterado en Italia y España aunque con cierta demora en relación con el vecino país.

»Al mismo tiempo, el Gobierno francés se ha colocado en vanguardia al conceder una indemnización especial a todos los agricultores de sesenta años o más que vendan sus tierras para aumentar la extensión de las explotaciones de los que quedan en el campo.»

"LOS CAMPESINOS CONTRA LA TECNOCRACIA" es el título del comentario que en tercera plana de ABC del 3 de abril escribió El Conde de Montarco, en el cual trasladó de la Comunidad europea a España la perspectiva del problema enumerado en los párrafos que a continuación recortamos:

«los campesinos europeos consideran que lo primero es obtener unos precios rentables de sus producciones para poder subsistir y llegar a beneficiarse de esas reformas de estructuras que darán sus frutos dentro de unos años. Nuestros campesinos lo traducirían así: a burro muerto la cebada al rabo.

»Esta es la explicación de lo ocurrido en Bruselas, donde decenas de miles de empresarios campesinos belgas, franceses, alemanes, holandeses, luxemburgueses e italianos han provocado disturbios que han causado muertos, heridos y destrozos. Han querido forzar la subida de precios que estaban discutiendo, en la capital belga, los ministros de Agricultura del Mercado Común.

»Volviendo, ahora, la vista a España nos encontramos con una situación semejante. Los precios de los productos agrarios para los campesinos, en estos últimos años, apenas han subido en algunos casos; en su mayor parte están estabilizados y en otros casos han bajado. De modo que no responden a las elevaciones de los costes de producción y a las grandes subidas de los gastos de impuestos y seguridad social. El resultado se traduce en unos entrampamientos, cada vez mayores, con créditos y deudas, del empresariado campesino.

»Y cuando, para éstos, el primer objetivo es evitar su quiebra mediante la desaparición de los precios políticos y de unos precios de garantía que nada tienen que ver con la realidad, se anuncian a bombo y platillo unas reformas de estructuras, o reforma agraria, que parecen apasionar a multitud de periodistas, economistas y demás «istas», pero que dejan preocupados a los verdaderos protagonistas del campo: a los campesinos. Estas leyes que se van a discutir en las Cortes no resuelven el urgente y angustioso problema que agobia presentemente al empresario campesino, al pequeño y al mediano, sobre todo, que están en peor situación económica por disponer de menos recursos que los más pudientes.

»En cuanto a lo que estos proyectos de ley encierran como concesión a viejos conceptos de expropiaciones y repartos, sólo interesan a esos habitantes de las ciudades, imbuidos en ideas anacrónicas, que ignoran la realidad campesina actual. A los campesinos asalariados no les atrae convertirse en pequeños empresarios disfrutando de unos ingresos inferiores a los de un

obrero industrial, y además sin seguridad social y con responsabilidades económicas. Por eso emigran a los núcleos industriales.

»Por lo que respecta a la faceta de la mejorabilidad de las explotaciones, será cosa de preguntarse si a la economía nacional agraria no le ha costado mucho dinero los cambios de criterio de nuestros tecnócratas. ¿Son éstos los que van a decidir cómo se debe explotar una finca para su mejor rentabilidad? Pues que hagan antes sus pruebas en unas fincas adquiridas al efecto en su valor real y abiertas a la fiscalización contable y técnica de los empresarios agrarios en activo.»

En esa oportunidad, el editorial, también de ABC del día 28 de marzo, titulado "¿HACIA OTRA NUEVA REFORMA AGRARIA?", tocó esta tensión tecnocracia-agricultores, a propósito del proyecto de ley sobre Comarcas y Fincas Mejorables enviado a las Cortes. Recortamos dos párrafos del mismo:

«Queda, de este modo, proyectada sobre el campo español, tan sufrido ya, y más rico en leyes reformadoras que en cosechas ricas, la sombra de unas empresas nacionales —¡otras más!— cuyos resultados económicos, aparte el perjuicio que ocasionen a los legítimos propietarios, pueden llegar a ser, como es frecuente, carga pesada sobre los hombros de los contribuyentes. ¿Cuánta subvención no llegaría a necesitar una empresa nacional agraria?

»Se apunta, una vez más, hacia la sustitución, hacia el desplazamiento de la iniciativa privada, en favor de la tecnocracia burocrática. ¿Es finalidad ésta que encaje bien, sin contradicciones, sin voces, en el marco de los principios fundamentales o, si se quiere, orgánicamente constitucionales? ¿Es conforme con una lógica y congruente juridicidad, que los mismos funcionarios de Agricultura que decidan la situación de finca ineficientemente explotada, puedan pasar a ser gerentes, «cuasi-propietarios», de esa misma finca?

»El derecho de propiedad —sea o no sobre fincas rústicas— deberá quedar subordinado al bien común, a la finalidad social, al mejor servicio de la colectividad, etc. Pero en un auténtico Estado de Derecho, la definición de este cumplimiento no puede corresponder al poder ejecutivo, sino a la independencia del poder judicial. Por mucha y descontada que sea la capacidad técnica de un Ministerio —cambiante con los cambios de Gobierno— no parece correcto atribuirle, como en este caso, capacidad

para definir una insuficiencia en el ejercicio del derecho de propiedad y jurisdicción para resolver, también, quién será el «sucesor» en ese derecho de propiedad.»

Antes de proseguir recortando comentarios de la prensa diaria, creemos oportuno aprovechar esta circunstancia, en la que los temas profundos de la agricultura, en nuestra sociedad industrial, arrastrada a la masificación y a la dominación tecnocrática, han pasado raudos como temas de actualidad periodística, para desempolvar algunos textos, que, de puro viejos y sabidos, se olvidan continuamente ante el estruendo propagandístico de cada día.

OSWALD SPENGLER, en "AÑOS DECISIVOS" (§ 16), explicó cómo se inició la inclinación del Estado a favor de la industria en detrimento de la agricultura:

«fueron suprimidos en Inglaterra alrededor de 1850 los derechos de importación del trigo —lo cual no era más que una velada elevación de los salarios—, sacrificándose así el labrador al obrero, lo cual ha sido realizado o intentado después en todos lados, en parte con el absurdo fundamento económico, sentado por banqueros y otros «expertos» semejantes, de que era preciso dividir el mundo en países agrícolas y países industriales para conseguir una organización adecuada a la «economía» mundial. Lo que entonces había de ser de los agricultores de los países industriales, eso nadie se lo preguntaba. No eran sino el objeto de la política obrera, y el verdadero enemigo del monopolio de los intereses obreros.»

Esa tendencia se observa tanto en los países socialistas como en los capitalistas. Ambos sistemas pretenden sustituir el orden natural por unas nuevas estructuras racionalistas, planeadas sobre el papel, para permitir, en aquéllos, la hegemonía de los poderes económicos del gran capitalismo, o bien de los poderes políticos de la clase dirigente en los países comunistas. Hoy la tecnocracia pretende ocupar el núcleo director, tanto de las empresas capitalistas como de las estatales y, en todo caso, forjar la estructuración económica adecuada a sus planes de desarrollo.

En VERBO, núm. 20, en el estudio de Helion de Beaulieu, EL CAMPESINADO, en el epígrafe LA REVOLUCIÓN CONTRA EL CAMPESINADO, podemos leer unos párrafos muy significativos de la "HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA U. R. S. S.", publicada en Moscú, que conviene recordar:

«A pesar de la superioridad numérica del campesinado, se lee en la Historia del Partido Comunista de la U. R. S. S., publicada

en Moscú, y como el proletariado (industrial) fue relativamente poco numeroso, era precisamente en el proletariado, en su crecimiento, en lo que los revolucionarios tenían que fundar su principal esperanza.

»¿Por qué precisamente en el proletariado? Porque el proletariado, a pesar de su debilidad numérica actual, es la clase trabajadora unida a la forma más avanzada de la economía, a la gran producción, y porque tiene como consecuencia un gran porvenir. Porque el proletariado, como clase, crece de año en año, se desenvuelve políticamente, se presta fácilmente a la organización como consecuencia de las condiciones de trabajo en la gran producción, y es eminentemente revolucionario en razón misma de su condición proletaria, ya que en la revolución no tiene que perder más que sus cadenas.

»Ocurre lo contrario en el campesinado. Este, a pesar de su fuerza numérica, es la clase trabajadora unida a la forma más elemental de la economía, a la pequeña producción, y como consecuencia no tiene, no puede tener un gran porvenir. El campesinado no solamente no aumenta como clase, sino que, al contrario, se descompone de año en año en burguesía (*kulaks*) y en campesinado pobre (proletarios, semi-proletarios). Además, los campesinos se prestan más difícilmente a la organización como consecuencia de su dispersión y en razón de su situación de pequeños propietarios, afiliándose menos gustosos que el proletariado al movimiento revolucionario.»

Helion de Beaulieu comenta:

«Se encuentra en estas citas la confesión de que el campesinado como tal no es una fuerza revolucionaria, y que puede ser utilizada a lo sumo como reserva humana y ayuda táctica momentánea. Los hechos muestran, por otra parte, que se ha manifestado sobre todo como una dificultad imprevista para la dictadura bolchevique. La política agrícola del régimen comunista se debate entre la doctrina que quiere la desaparición de la explotación familiar y la naturaleza de las cosas que traduce esta desaparición en una baja de la población alimenticia.»

Precisamente Bertrand Russell, en "EL IMPACTO DE LA CIENCIA EN LA SOCIEDAD", dice que ha llegado a una conclusión,

«que se ignora con mucha frecuencia: la industria, excepto la que sirve directamente las necesidades de la agricultura, es un

lujo; en los malos tiempos sus productos serán invendibles, y tan sólo la fuerza dirigida contra los productores de alimentos podrá mantener vivos a los trabajadores industriales, y ello solamente si se deja que mueran muchos de los que producen comida. Si los malos tiempos se hacen cosa común, ha de inferirse que la industria decaerá y que la industrialización característica de los últimos ciento cuarenta años será rudamente refrenada.

Y, líneas artes, observó:

«En Rusia, después de la primera guerra mundial, los campesinos tenían aproximadamente la cantidad justa de alimentos que necesitaban para sí y no querían desprenderse voluntariamente de parte alguna para comprar productos urbanos. En aquel tiempo, y de nuevo durante el hambre de los primeros años de la década 1930-1940, la población urbana se conservó viva gracias solamente al enérgico empleo de la fuerza armada. Durante el hambre, millares de campesinos murieron de inanición como resultado de la acción gubernamental; si el Gobierno hubiese sido neutral, hubieran muerto los habitantes de las ciudades.»

Pero por el peso de la sociedad industrial en la actual "economía al revés" (es decir, como ha demostrado De Corte, orientada al productor y no al consumidor) que necesita crecer siempre y cada vez más para no desplomarse, ocurre que en los países occidentales los tecnócratas tratan de incrementar las masas ciudadanas, empujando a los campesinos desde el campo, que se les fuerza a tener que abandonar. Oigamos a Henri Charlier, en ITINERAIRES, 106, de septiembre-octubre 1966:

«Nuestro Gobierno lanza a los campesinos de la tierra con un conjunto de medidas combinadas para hacer crecer en la necesidad de este éxodo. Por debajo de 70 quintales de trigo (que hoy puede ser el rendimiento de dos a tres hectáreas) —no se trata, pues, de la gran propiedad—, el trigo no es pagado a mayor precio que en 1951 [escribía en 1966], siendo así que todo cuanto los campesinos compran les cuesta más del doble. Es hacerles la vida imposible e imposibilitarles también para aumentar los salarios agrícolas, a fin de obtener una mano de obra que actualmente les falta. Los tecnócratas del Gobierno suministran así peones a la industria, y éstos en la primera crisis seria (que vendrá) quedarán sin empleo. Los hechos, por sí mismos, testimonian estas intenciones del Gobierno. La riqueza ya no es agrícola, es bancaria e industrial. Para constreñir a nuestros agriculto-

res a que vayan a trabajar a las fábricas no ha habido más que un medio: el de impedirles que se ganen la vida.»

Y Henri Coston, en *LES TECNOCRATES ET LA SYNARCHIE*, glosó con perspicacia la afirmación, expresada con referencia al Plan Hirsch en Francia, de que el objetivo de la elevación de la renta nacional no debía quedar neutralizada con el alza de los precios agrícolas que daría lugar a una subida de los salarios y de los precios de coste de la industria. He ahí su comentario:

«Sin embargo, naturalmente, se admite que los productos industriales cuestan hoy [en 1962], a causa del envejecimiento de la moneda, 30 ó 40 veces más caros que en 1939, pero no se puede tolerar que los productos de la tierra experimenten un alza semejante. ¡Oh lógica tecnocrática!»

«Como la existencia del campesino está ligada a la rentabilidad del cultivo, las dificultades de los agricultores provocarían, o por lo menos facilitarían, la desaparición de las 300.000 explotaciones familiares previstas en el plan.»

«Podrá realizarse así en el campo esa concentración de empresas tan cara a los hombres de negocios y a los tecnócratas. Pronto oiremos hablar de las *compañías agrícolas*, y, desde ese día, conformémonos a pagar los productos de la tierra a su justo precio, es decir, al precio de producción. Los capitalistas jamás verifican regalo alguno.»

Ni el Estado tampoco puede hacerlo si no es repercutiendo su pago en un tercero, es decir, imponiéndolo a la propia sociedad o a un determinado sector de la misma.

Como explica el mismo Coston:

«Al mismo tiempo que se pretende directa o indirectamente que nuestros productos son demasiado caros para ser vendidos en los mercados extranjeros, se aumentan los impuestos, las patentes, las tasas, las contribuciones que tan pesadamente gravan nuestra producción. Bajo pretexto de permitir el juego de la competencia, se suaviza la protección aduanera y se introducen en el mercado francés productos extranjeros tanto más ventajosos para el consumidor en cuanto sólo soportan impuestos ínfimos en su país de origen —y, por otra parte, los costos de producción no están sobrecargados por los salarios y la Seguridad social—»

Respecto de España, podemos repasar un texto de Juan Vallet de Goytisolo publicado en la REVISTA DE DIRITTO AGRARIO, XVI, 1-2 (enero-junio 1966):

«La organización social agraria ha conservado arraigadas, hasta hace muy poco, las familias campesinas; y vivas las explotaciones agrarias, incluso las más pobres de los lugares más agrestes. Pero hoy ha sonado el clarín de la desbandada general de los campesinos hacia la ciudad, el éxodo se ha generalizado y ha llegado a extenderse desde las regiones de Derecho común a las de Derecho foral. También en éstas el absentismo se acentúa y acelera en proporciones alarmantes. Las sabias instituciones, que durante tantos siglos rindieron tanto fruto, resultan hoy muchas veces insuficientes.

»¿Que ha ocurrido?, ¿qué sucede?

»Se trata de un fenómeno moderno de escala casi mundial.

»La respuesta es dolorosa. Ha irrumpido el Estado, con ideas tecnocráticas, a la vez socializantes y capitalistas. Y no precisamente para dispensar justicia, sino como beligerante, tomando partido por la industrialización, por las masas ciudadanas o por el gran capital anónimo. El totalitarismo, en el sentido del intervencionismo en la totalidad de las relaciones de la vida, característico del Estado moderno, sea de forma autoritaria o democrática, puede llevar a la destrucción de aquello que la sabia previsión de las costumbres comarcales y de las tradiciones familiares conservaron fructífero durante siglos.

»Crea beneficios y exenciones para la construcción urbana y para la industria; otorga primas a su exportación; protege ésta de la competencia extranjera con aranceles aduaneros. En cambio, combate las repercusiones de la inflación en los precios de los productos agrícolas y ganaderos mediante importaciones de choque, cuando no con tasas. Así el campo se descapitaliza, rinde al cultivador menos que cualquier otra actividad; las explotaciones requieren cada vez mayor extensión para ser viables. Y la productividad se calcula en dinero al precio de venta de sus productos; no, como sería lo correcto, en calorías suficientes para alimentar una familia. El problema es fundamentalmente una cuestión de precios, de márgenes...

»Los impuestos de transmisiones, por otra parte, han ido en algunas comarcas apartando poco a poco a los labradores, por razones económicas, de la práctica de sus ancestrales costumbres...»

Dicen los tecnócratas que sobran agricultores —debe reducirse, pues, su

número para que los productos agrícolas puedan resultar más baratos en las ciudades— y que faltan consumidores de los productos industriales excedentes, que los campesinos no compran y si los habitantes de los centros urbanos, más influencia por la propuganda. En consecuencia, calculan el porcentaje a que debe reducirse la población campesina. Pero no piensan en que ésta, a su vez, puede opinar que donde hay excedentes demográficos es en la población dedicada a los servicios públicos, la cual a través de los impuestos gravita económicamente sobre el productor; y que, por lo tanto, convendría limitar su porcentaje y evitar el cumplimiento de la llamada ley de Parkinson, irónicamente formulada por ese economista inglés repleto de resignado humor.

Hoy no son sólo los precios los que expulsan a los campesinos. Se suman a su impulso centrifugo las nuevas estructuras impuestas a los municipios —la pervivencia de los cuales se supedita a que puedan soportar económicamente determinado número y categoría de funcionarios—; las secuelas de la nueva ley de Educación con sus concentraciones escolares, y los planes de desarrollo con sus «polos», tal como Vallet de Goytisolo explica en "SOCIEDAD DE MASAS Y DERECHO" (n. 112).

«El finado Raymond Berrurier (*), notario francés, alcalde que fue de Mesnil Saint-Denis, secretario de la Sección francesa del Consejo de Municipios de Europa y vicepresidente de la Asociación de Alcaldes de Francia, en la comunicación que presentó al Congreso de Alcaldes de Francia de noviembre de 1966 observaba que muy a menudo en las comarcas "donde se esperaba el nacimiento de «polos de desarrollo», lo que han aparecido han sido, por el contrario, áreas de depresión, porque los pueblos que ya existían han absorbido para su provecho propio todos los beneficios circundantes", de manera tal que "han aparecido inmensas áreas de depresión en toda Francia". Así, "la dulce Francia, cuya riqueza, armonía y equilibrio han sido durante largo tiempo la envidia del mundo entero, está revolcada por un desequilibrio ruinoso entre las ciudades superpobladas y las campiñas exangües».

»Ese fenómeno, especialmente, vacía el campo, falto de protección, que ve a sus antiguos pobladores marchar a la ciudad como obreros de industrias protegidas, mientras las tierras quedan incultas y poco después invadidas de malas hierbas.

»Se producen verdaderas deportaciones económicas y sociales, provocadas por la aceleración de la expansión industrial y por el

(*) RAYMOND BERRURIER, "Los municipios ante la humanización del plan y la ordenación del territorio"; cfr. con el título "Las libertades municipales", traducido al castellano en VERBO, núms. 56-57, págs. 481 y sigs.

freno del bienestar agrario, mediante importaciones de choque para impedir un alza de los precios agrícolas paralelo al alza de los salarios y precios industriales.»

Hay hambre en el mundo, y se fuerza a que queden improductivas tierras que durante siglos alimentaron familias, hoy obligadas a emigrar a las ciudades. Hay superpoblación, y se la concentra en núcleos industriales.

La indignación de los agricultores del área del Mercado Común Europeo, coincide con la programación del Plan Mansholt. De él nos hemos ocupado en VERBO, al publicar, en el núm. 55-56, el estudio Richard de la Croix, "¿UN CULTIVADOR CADA DOS DEBE DESAPARECER?"; en el núm. 73, el de José M.ª Gil Moreno de Mora, "PLAN MANSHOLT", y en el 84, donde, en estas ilustraciones, hicimos eco de las críticas formuladas en Bélgica y en Alemania Federal.

Pero volvamos a los comentarios, comenzando por el publicado con el título MÁS IRA VERDE, en EL PENSAMIENTO NAVARRO, del 30 de marzo, por nuestro amigo J. Gil Moreno de Mora, que fue, como es sabido, Presidente de la Cámara Sindical Agraria de Tarragona:

«Ruge sordamente una ira verde cuyo leitmotiv son los precios paralizados. Quizás en España el ruido es menos audible porque el ánimo del campesino está tan deprimido que ni siquiera cree que valga la pena luchar, dando la partida por perdida.

»Nadie que no pertenezca a este sector puede darse cuenta cabal de lo que con él se ha hecho, nadie podrá creer el nivel tan increíblemente bajo al que se le ha relegado, ni las cuantiosas pérdidas que sistemáticamente se le han prefabricado desde lo más alto. Y nosotros los rurales ni siquiera creemos viable el dar al resto de la población una mínima conciencia de lo que sucede, pues ninguno de los medios de comunicación está en nuestro alcance. Televisión, Radio, Prensa, son entes ciudadanos, dominados por ciudadanos y al exclusivo servicio de las urbes, nuestro lugar en ellos es folklórico. Los Gobiernos son urbanos y nada más que urbanos, los Planes de Desarrollo, los presupuestos, la enseñanza, el crédito son exclusivas del hombre asfáltico. Nosotros, los «Cult-terreux», según gráfica expresión francesa, no tenemos voz, se nos gobierna y maneja como a un rebaño de reses. No tenemos defensa, a no ser que...

»Había una vez cierto lugar donde vivían un labrador, un comerciante, un industrial y un alcalde. El labrador cuidaba de producir trigo, patatas, aceite, leche y carne con los cuales se alimentaban todos, y con los precios de estas cosas el labrador vivía bien. Pero un día, mientras el campesino estaba en el cam-

po, se reunieron en el café del pueblo el alcalde y el comerciante, y dijo el primero: «Estaríamos sin duda mejor si el labrador no nos cobrara tanto por lo que le compramos. Por otra parte son productos de primera necesidad y ese beneficio es inmoral. Yo alcalde, debo poner coto a estos abusos en nombre de la justicia social. Dictaré leyes que limiten los precios.» El comerciante asintiendo, gravemente respondió: «Yo te puedo ayudar si construyes un puente que me permita llegar a los pueblos vecinos donde compraré trigo, patatas, carne, que obligarán al labrador nuestro a bajar los precios.» Y se construyó un gran puente por el que llegaron todos los productos agrarios de lejanos lugares. Y todos se encontraron bien con ello aumentando sus beneficios, pues los nuevos suministros les eran ofrecidos a bajo precio para lograr el mercado; todos menos el labrador, que ante la afluencia de productos que competían los suyos bajó sus precios y dejó de ganar. El éxito de este primer ensayo animó al alcalde y al comerciante que cobraban sabrosas comisiones con este nuevo tráfico, y apretaron más las clavijas. El agricultor se arrojaba cultivando y para no perder toda su hacienda limitó sus siembras hasta que se contentó con sembrar lo preciso para su propia subsistencia. Sus triunfantes vecinos le dijeron que había dejado de ser necesario. El puente lo resolvía todo, bastaba con ir a comprar más lejos.

»Y esto duró, duró bastante tiempo, hasta que un día apareció en lo alto de los montes una negra nube de tormenta que estalló en truenos desgarradores y en trombas ingentes de agua que formaron una riada como nunca se había conocido. Y tal fue la desencadenada torrencera que en un momento dado derribó y arrastró el Puente... Al día siguiente, el alcalde, el comerciante y el industrial fueron a casa del labrador queriendo surtirse como antaño en sus graneros ya que no tenían la posibilidad de pasar a los pueblos vecinos, pero hallaron entonces los silos con las escasas reservas que apenas bastaban para la manutención del mismo labrador. Se quiso entonces forzar al campesino a producir inmediatamente lo necesario, pero apareció entonces que eran necesarios meses y años para reponer los rebaños, las plantaciones, las cosechas...

»Y no digo con mi ejemplo porque este mismo proceso llevó a siete millones de labradores rusos hasta el paredón bajo el régimen comunista.

»Nadie sabe lo que se ha roto en el campo español. Nadie lo sabe porque por el puente llegaron la cebada, el maíz, la carne, los aceites, el azúcar y tantas cosas más de las lejanas Américas.

Nadie sabe el tiempo que es preciso emplear para reconstruir lo roto, ni la cantidad de cosas que no se pueden reconstruir, ni la cantidad de hombres que se fueron para no volver. Nadie sabe además la cantidad de cosas de nuestro campo que ya no son españolas, porque por el puente llegaron los dólares y con ellos unos hombres que han comprado las fábricas de aceite, de picnos, de leche, de conservas, haciéndose poco a poco con todos los puntos clave de la alimentación española. Nadie lo sabe y a nadie importa un bledo porque el puente está intacto y ¿quién piensa en tormentas cuando la tripa está llena?»

«En lejanos despachos con aire acondicionado unos técnicos, hombres asfálticos bien alimentados, dictan, legislan, deciden, manejan, planean y programan nuestra agricultura enferma. Cada día surge una nueva teoría de salón. Ellos están seguros de poder cultivar mejor que nosotros mediante unos Kolkhozes capitalistas de grandes empresas que labrarán provincias enteras con la cooperación del Estado que socializará. Es el Capitalismo de izquierda tecnocrático que está de moda. Y la técnica se siente por fin capaz de prescindir de las leyes naturales con los sueños delirantes de la razón de los que decía Goya que producen monstruos. ¿Y quién detendrá las ensoñaciones de quienes viven en despachos con aire acondicionado? Sueños Mansholt, sueños estadísticos, sueños intelectuales sin relación con la variedad de los terrenos, las heladas, las sequías, los vientos y las lluvias... Sueños de muerte y desesperación para nosotros los campesinos, pesadillas de exterminio cometido en nombre del viento de la Historia.»

Y el propio Gil Moreno de Mora, en el mismo diario, el 21 de abril, en unos epígrafes de su artículo EL DINERO CAMPESINO, pone sobre el tapete esta cuestión:

«Erase una patata de siembra que esperaba su hora en el almacén de un comerciante. Un día llegó Leandro que cultivaba una huerta con sus manos, y que pagando 25 pesetas el kilo se llevó nuestra patata y tras los manejos oportunos la sembró en su sudada tierra, la cual, fértil, crió en su seno una abundante cosecha. Leandro se había decidido porque aquel año una cierta escasez había producido en la ciudad unos precios de consumo de ocho y diez pesetas el kilo. Pensó Leandro, y con buena lógica, que con este precedente podría vender su cosecha sobre las cuatro o cinco pesetas, lo cual le bastaba para ganarse la vida.

»Pero hete aquí que un señor asfáltico, de los que capitanean

las hueses ciudadanas, hubo de escuchar amargas quejas de su mujer porque ella había llegado a pagar dos duros por un kilo de patatas, y allí fue Troya. Fue una Troya en la que tirios y troyanos armaron la de dos duros el kilo en los periódicos, en la radio, en la televisión, por aquello de la célebre «Costa de la compra», y así mientras nuestra heroína bajo tierra se multiplicaba, hubo decisiones de alto nivel en las que después de manejar estadísticas y cerebros más o menos electrónicos, se acordó la importación de patatas inglesas con carácter de urgencia. Urgencia oficial, claro está, lo cual quiere decir que la importación no llegó antes de la cosecha, sino, precisamente, en los días en que Leandro arrancaba la suya. Para no fatigar diré que Leandro tuvo suerte y logró vender sus patatas a 1,25 pesetas el kilo y sólo perdió el 50 por 100 de su dinero, porque sus vecinos tuvieron que tirar la cosecha al barranco. Nuevamente fue Troya, pues un plumífero indiscreto denunció en los periódicos la destrucción de cosechas y hasta hubo labrador cuyo huesos pararon en la cárcel.

»Sigamos ahora a las hijas de nuestra patata, las que valieron 1,25 pesetas. Debidamente regadas con germicidas que le añadieron nuevo sabor, descansaron varios meses en los almacenes del comerciante y mientras tanto, aquella abundancia engendrada por la importación menguó, y la ciudad volvió a pedir patatas, y todos los comerciantes en cuyos almacenes se encontraba la cosecha nacional pudieron empezar a vender a duro y subió el mercado. Total que las hijas de nuestra patata heroína se comieron a siete pesetas, y todos contentos. Contento el comerciante porque su margen fue sabroso, contento el importador que no fue menos, contento el fisco porque comerciante e importador le pagaron el ITE, contento el hombre asfáltico que presumió ante su mujer de eficacia social, contento el político, contento el periodista, contentos todos menos Leandro, que juró no volver a sembrar patatas así le aspen.

»Esto yo lo he vivido, he sido Leandro del vino este año después de la oportuna importación de alcohol industrial, lo he sido largos años de la cebada con el desespero de haber comprado piensos carísimos para ver cómo llegaba la importación de EE. UU. justo en plena siega, lo he sido del pollo y de la carne de ternera, y yo pienso en ello como en un terrible impuesto cobrado por no se sabe quién ni por qué causa. Impuesto triste, por imposición de fuerza, de aquella fuerza contra la que no cabe defensa. Impuesto jamás reconocido pero más duro y más

real todavía que la cuota del Tesoro. Impuesto exclusivamente reservado a la agricultura como regalo de los dioses asfaltados.»

Por eso concluía preguntando: "¿NOS DESCAPITALIZAMOS O NOS DESCAPITALIZAN?", y dando su respuesta:

«Coincidiendo con este juego el *slogan* de que los precios agrícolas son precios «políticos y sociales», se congelan o bajan mientras los aperos, los tractores, los recambios, la ropa, los jornales y cuanto consumimos sube sin parar. Un cotidiano de fecha reciente decía que los precios medios de los productos agrícolas habían descendido de 1970 el 1,25 por 100, mientras los costos agrarios habían subido un 15 por 100. Los seguros sociales han crecido, la presión fiscal aumenta, los inspectores de Hacienda se ríen si decimos que perdemos dinero, y con imperturbable seguridad se nos hace el reproche oficial de que nos descapitalizamos. ¿Nos descapitalizamos o nos descapitalizan? Porque si nos descapitalizan es que nos defraudan, dígalo si no el recaudador de impuestos después de que yo pase por su casa a llevarme esa parte de su capital que es su cubertería, o las joyas de su mujer. ¿Y qué le parecerá a cualquier empleado que le congelen su salario en 1960 y le fuercen a comprar en 1971? Desde los Diez Mandamientos hasta ahora el descapitalizar a alguien está penado en el séptimo.

»El campesino está descapitalizado. ¿Adónde fué el dinero del campesino?

»Yo creo que es hora de una reflexión nacional. Demos por bueno lo pasado en nombre de los Planes de Desarrollo, pero si se sigue hablando de justicia social y distributiva, de progreso, de post-concilio y de todas esas cosas tan actualizadas, creo que habrá que detener esa «descapitalización», o dicho de otro modo, ese robo anónimo que se está haciendo en casa del labrador. Nadie se engañe, no «nos» hemos descapitalizado porque nadie se descapitaliza voluntariamente, nos «han» descapitalizado, y toda la nación es responsable en mayor o menor grado. Si los precios han de ser verdaderamente «políticos y sociales» también lo han de ser para el desdichado Leandro de nuestra historia, porque si no no habrá patatas, ni vino, ni pollos, y lo que es mucho peor, no habrá Leandro.»

Otro hombre del agro, José Estradé, en *FUERZA NUEVA*, núm. 226, del 8 de mayo, terminó su artículo AGRICULTURA REGIONAL CATALANA con estas palabras:

«En esta Cataluña industrializada se abandonan pueblos agrícolas. Están afectadas comarcas enteras por la fuga de los brazos más fuertes y activos.

»La contrapartida a tanta calamidad agraria viene de otros hombres cuya ocupación principal no es agrícola, sino secundariamente. Los no agricultores pagan el sostenimiento, conservación y mejoras. Aquí no rigen los principios de rentabilidad, ni tan siquiera los costos comparados; una lechuga o bien otro producto así obtenido cuesta el doble. Se paga el gusto y todos tan contentos.

»La batalla de los Piensos, la ha perdido el Payés; como factor de endemamiento el Diablo no podía idear mejor estrategia. El ganado mayor o menor de la región, alimentado con piensos, no es rentable; la fisonomía geográfica regional tampoco le favorece.

»No queremos ensombrecer las perspectivas, pero sí podemos afirmar que ninguna sociedad puede prosperar y desarrollarse a costa de la parte agrícola. Hay polos industriales donde el dinero se ha dado sin tasa ni medida; era dinero del pueblo. Uno piensa en una discriminación injusta que quisiéramos saber, con más claridad, a quién favorece.»

Pero el problema no es sólo una cuestión de justicia económica. Es también un problema de orden político, jurídico y social, incluso cultural. Tal vez ahí se halla el meollo de algo que hemos visto enunciado antes por Helion de Beaulieu. No podía escapar ello a la fina observación de Rafael Gamba, al plantear TO BE OR NOT TO BE ("LA COYUNTURA DE NAVARRA") en EL PENSAMIENTO NAVARRO del 14 de marzo:

«Muchos, en efecto, se preguntan hoy: ¿hasta qué punto es adecuada la organización foral para hacer frente a las grandes transformaciones socio-económicas del mundo actual? ¿Puede interesar la conservación de organismos locales, de miras y ámbitos cortos, en un mundo que se abre a grandes estructuras de tipo mundial? Quienes así hablan son los mismos que se preguntan también: ¿Puede seguir afirmándose la fe ambiental del pueblo navarro y su apego a la estructura familiar? ¿EL SISTEMA FORAL ES PERJUDICIAL?»

»Y sucede que cualquiera de estas dudas resulta justificada en la medida en que lo sea la otra. Porque se trata de realidades correlativas y paralelas. Así, a la primera de esas dudas contestaría yo: si se trata *solamente* de planificar un futuro económico con vistas a un más alto nivel de vida o renta *per cápita*,

el sistema foral vendrá a ser no sólo innecesario, sino perjudicial. Porque una administración local y diferente es un obstáculo continuo para los grandes planes de estructuración económica (y fiscal). Como la organización familiar patrimonial en que ese sistema se apoya es una rémora para un gran plan de readaptación psicológica y de *reciclaje*. Un sistema como el foral navarro es, para esos fines, como una piedra en una máquina. Los grandes planes económicos requieren grandes ámbitos, medios humanos homogéneos (sociedad de masas) y grandes cerebros electrónicos que no son rentables —ni coordinables— en pequeños medios.

»No sucede lo mismo si los fines propuestos son otros, es decir, si se trata de hombres que, además de economía (y no como subproducto de ésta) tienen fe y amor a lo propio. Si se trata de lograr una administración propia y honrada, si se trata de defenderse del poder de tecnócratas estatales o superestatales, si se trata de conservar la fe en el seno de la familia y de su patrimonio, entonces sí es conveniente y necesario el sistema foral. Si se trata de un legítimo mejoramiento dentro de la línea de nuestro modo de vivir y creer, el sistema foral es bueno; si se trata de irnos todos de casa e incorporarnos a las grandes realizaciones de la masificación y la tecnocracia, los fueros son inútiles y absurdos. (Sucede lo mismo que con el debatido tema del celibato: para ser sociólogo o psicólogo o promotor del desarrollo o asistente social, es inútil ser célibe; si se trata de dedicarse a la cura de almas, es indispensable.)

»Esto no son elucubraciones teóricas ni desconocimientos de la realidad. Los problemas diarios de la coyuntura navarra los revelan de continuo. Cuando se trató de industrializar parcialmente a Navarra para acompañarla a las nuevas fuentes de riqueza, la Diputación, muy cuerdamente y como por un instinto histórico, proyectó polígonos industriales a través de todas las zonas de Navarra. Se trataba de que las familias, en lo posible, no abandonaran sus casas y medios agrícolas subsidiarios, y que dispusieran de puestos de trabajo fabril en puntos cercanos, al alcance diario de sus pueblos. Quizá no fuese éste el mejor sistema para un espectacular progreso industrial, pero se entendía que había otras cosas más importantes que preservar, cosas profundamente relacionadas con la fe, la virtud, el carácter y la felicidad de los navarros.

»Frente a este plan se han alzado, en la gran ciudad, Ayuntamientos de tendencia socialista con planes y realizaciones de masiva concentración industrial y de crecimiento urbanístico que

facilita esa concentración. Naturalmente, tales Ayuntamientos necesitan para ser y actuar el voto y el amparo de una población ya masificada, insensible al éxodo rural, al abandono de los pueblos y a las consecuencias morales y ambientales que ello comporta. No es nada nuevo que la democracia inorgánica conduce, a través de una opinión masificada y manipulada, al socialismo.

»Los manipuladores de esa opinión afirman que esos procesos —el de industrialización, el de su emplazamiento concentrado y el de masificación— son *irreversibles*. (Esta idea de la irreversibilidad de todo proceso que se encamine hacia el socialismo pertenece a la teoría del marxismo y es el medio más eficaz de anestesiar la conciencia de los hombres y de los pueblos.)

»Cabría responderles que la supervivencia hasta hoy del régimen foral navarro constituye una resistencia victoriosa a los procesos de centralización política, de desamortización de Propios y de admisión general del Código Civil napoleónico, que, por lo visto, no resultaron irreversibles ni irresistibles.

»A esto podrían objetar nuestros tecnócratas socialistas que los hechos actuales demuestran cómo, a la larga, esas resistencias históricas son inútiles y acaba predominando «el proceso económico inexorable».

»A lo que podríamos replicarles que desde las leyes de Nuestra Planta a las que resistió nuestro Fuero han pasado cerca de tres siglos; y en ellos ha vivido Navarra con su personalidad propia, se ha hecho abanderada de una causa universalmente conocida, e, incluso en el aspecto económico, ha vivido más próspera que otros países españoles. Según aquel criterio nadie resistiría a las enfermedades considerando que al final ha de morir. Pero es que, además, los pueblos no están condenados a una muerte biológica como los individuos, y lo que ha servido hasta aquí para progresar y defendernos en la fidelidad puede seguir sirviendo al mismo fin, con mayor motivo cuando los males que se trata de evitar son hoy los más graves, mortales para el alma misma del país y para la libertad humana de sus gentes.

»Sin embargo, tal es la dramática coyuntura actual de Navarra. Resulta penoso ver a una Diputación Foral como colaboradora en planes socialistas como la nueva Ley de Educación, que representa un ataque frontal a la autonomía familiar y municipal, que son fundamento y razón de ser del régimen foral. Y sus pueriles esfuerzos por ponerse a nivel, en la misma línea de objetivos, con el Estado y los superestados que ya apuntan.

»Merece meditarse que la tal inexorabilidad de los procesos

económicos no se ha puesto de manifiesto para nosotros hasta el momento preciso en que el espíritu derrotista ha calado en parte del clero (con su *aggiornamento*) y en el Estado español (con su *européismo*). Y también que el efecto inmediato de este derrotismo foral ha sido una crisis económica y laboral muy superior a la del resto de España.

»Creo en la urgente necesidad de una reacción del auténtico espíritu foral y de sus fundamentos familiares y locales. Espero esa reacción con la ayuda de Dios y a través de los méritos de nuestros mártires. El recto espíritu católico y la verdadera fe carlista tendrían parte muy esencial en esa reacción foral.

»Si esto no sucede, si la Diputación no puede (o no quiere) someter a los grandes Ayuntamientos «de masas» a sus fines y a su espíritu desconcentrador, temo que —antes o después— el régimen foral habrá de ser entregado por inútil, obstaculizador y «anacrónico». La única cuestión para nuestros socialistas locales será si han de entregarlo al Estado español o al Super-Estado Europeo (¿o Soviético?) que su propia lógica interna ha de hacerles ver con mayor simpatía.»

Notemos, en fin, que no es ésta la primera vez que, a través de la historia, se observan los campos abandonados y se ha visto a los agricultores refugiarse, por razones económicas, en las ciudades. Ha ocurrido ya varias veces. Otra fue en el Bajo Imperio Romano. Spengler, en LA DECADENCIA DE OCCIDENTE (vol. III, cap. II, n. 5), lo ha explicado:

«La famosa frase de Plinio, repetida muy significativamente en la moderna economía: *latifundia perdidere Italiam, iam vero et provincias*, confunde el principio y el fin del proceso; los latifundios, en efecto, no hubieran llegado a tener la enorme extensión que alcanzaron si primeramente el aldeano no hubiese emigrado a las ciudades abandonando el campo —al menos exteriormente—. El Edicto de Pertinax en 193 descubre el fin de la terrible saturación: en Italia y en las provincias se autorizaba a quien quisiera a tomar posesión del campo abandonado. El que lo labra adquiere sobre él el derecho de propiedad. Si los historiadores estudiaran serenamente las demás civilizaciones, encontrarían por doquier el mismo fenómeno.»

Y Rostovtzeff, en su "HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL IMPERIO ROMANO" (vol. II, cap. XII), explica que, entonces, los funcionarios públicos, altos y bajos,

«que se hacían ricos con la inmoralidad y el cohecho», «invertían

su botín en fincas rústicas», «se hacían construir en el campo grandes y hermosas villas fortificadas...».

Pero tal situación no se concretó sólo a la agricultura, como dice el mismo Rostovtzeff:

«Excepción hecha de la producción de algunos bienes de uso corriente, para el consumo de las masas y de algunos objetos de lujo», la industria vivía ya exclusivamente de los pedidos del Estado; pero éste era un cliente egoísta y brutal: fijaba los precios, y estos precios, amonados por las ganancias que en ellos obtenían los funcionarios, quedaban tan reducidos que habían de producir necesariamente la ruina de los artesanos. Naturalmente, las grandes empresas industriales fueron desapareciendo poco a poco. Pero como el Estado las necesitaba» ... «varios establecimientos industriales fueron transformados en fábricas del Estado, en las que trabajaba, conforme al modelo egipcio y oriental, un personal obrero vinculado a su profesión como una carga hereditaria».

«La crisis del siglo III había sido producida, en gran parte, por un movimiento revolucionario de las masas de población desesasas de una nivelación general. Surge ahora una interrogación de si las reformas de Diocleciano y Constantino trajeron consigo la nivelación deseada... «en realidad, el Imperio de este período, aunque fuera una democracia de esclavos, era menos democrático que el antiguo Imperio... «Después de las reformas de Diocleciano y Constantino... No hubo ya camino legal que condujera de la condición de colono, siquiera a la de campesino libre o de proletario urbano, para no hablar de las demás clases...»

«Los tributos opresivos e inicuos basados en la esclavización de los agricultores en el campo y de los artesanos en la ciudad, la parálisis de la vida económica, cuyo libre curso impedían las cadenas», «la destrucción implacable y consciente de la clase más culta del Imperio :la burguesía...», «terminaron en una ola de resignación»: «todo esfuerzo honrado se hallaba condenado de antemano al fracaso; y cuanto más producía un individuo con su trabajo, más le quitaba el Estado».

¿Estamos enfilando otra vez en la historia este camino? ¿Podemos aún evitarlo? La respuesta no puede ser sólo especulativa...

Lo que es evidente es que el problema del campo no puede resolverlo el Derecho Administrativo; pues en su raíz se halla un problema político de intervencionismo del Estado, cada vez más autoritario, en el cual, contra

toda justicia, los medios urbanos predominan sobre los rurales. Como decía Vallet de Goytisolo, en su ponencia general del I Coloquio Latino de Derecho Agrario (cfr. ANUARIO DE DERECHO CIVIL, XVIII-1):

«Es preciso que los labradores puedan pesar tanto como las masas de consumidores y sus intereses tanto como los intereses del comercio y de la industria en la regulación económica..., sin ser aplastados por el mayor número de aquéllas, ni por el mayor poderío económico de éstos, ni por los afanes intervencionistas de la burocracia y la tecnocracia administrativa.»

Volvemos a vislumbrar como solución un régimen verdaderamente orgánico de cuerpos naturales, presidido por el principio de subsidiariedad, en el cual el Estado sea árbitro del bien común y no portador de un inmenso interés colectivo, monopolizado por el grupo dominante.

Por eso, añadía Vallet en su antes citado artículo de la Rivista di Diritto Agrario:

«Esa sería la única garantía para el labrador, cara al futuro. Pero ni los países más o menos totalitarios o socializados pueden otorgarla por contradecir sus principios ideológicos y su apoyo en las masas ciudadanas, ni en los regímenes democráticos es asequible, por resultar incompatible con la ley puramente numérica de las mayorías, ni cabe en ningún país centralizado, pues —como sentenciaba ALEXIS DE TOCQUEVILLE (**)— por pura física social, «país de centralización, campos vacíos de habitantes ricos y esclarecidos.»

«Sólo de aquella manera será posible conseguir que el campo y la agricultura no se contemplan como un objeto al servicio de los consumidores de las grandes capitales (**). Contra este injusto enfoque nos advirtió Juan XXIII al decirnos que: «Supuesto que los productos del campo se destinan fundamentalmente a satisfacer las principales necesidades humanas, se comprende que su precio debe ser tal que los haga asequibles a todos. Ahora bien: es claro que se procedería con evidente injusticia si todo un sector de ciudadanos, concretamente el de los agricultores, se viera forzado a permanecer, en el orden económico y social, en condiciones de inferioridad, por el hecho de disponer de menor capacidad para adquirir todo lo necesario a un honesto nivel de vida; semejante cosa está, además, en abierta contradicción con el bien común de la nación» (****).»

(**) ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *L'ancien régime et la révolution*, capítulo XII.

(***) Cfr. el Prólogo del mismo Vallet a *El campesinado*, VERBO, 20.

(****) JUAN XXIII: *Mater et Magistra*, § 140.